



PANTALEÓN RIVAROLA

ROMANCERO DE LAS INVASIONES INGLESAS

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

PANTALEÓN RIVAROLA

ROMANCERO DE LAS INVASIONES INGLESAS

Indice:

Romance heroico
La gloriosa defensa
Octavas
Sucinta memoria

Romance heroico

PRIMERA PARTE

Santísima Trinidad

una, indivisible esencia,

desatad mi torpe labio

y purificad mi lengua,

para que al son de mi lira

y sus mal templadas cuerdas

el hecho más prodigioso

referir y cantar pueda.

Ya de tu sagrado fuego

mi débil pecho se llena,
e inflamado de su llama,
siento que mi voz se esfuerza.
¡Ea! escuchadme, señores,
que la relación comienza:

La muy noble y leal ciudad
de Buenos Aires, ¡que pena!
por un imprevisto acaso,
o por una suerte adversa
del arrogante britano
se lloraba prisionera,
sin que pudiera romper
las fuertes duras cadenas
que hacían toda la gloria
de las lúgubres banderas.

Sus ilustres habitantes
en situación tan funesta
siempre fieles a su Rey,
su triste suerte lamentan.
Las ninfas del Argentino,
y las graciosas nereidas

penetradas de dolor
en sus plateadas arenas
con las lágrimas que vierten
la clara corriente aumentan,
y el eco de sus gemidos
repite en tristes cadencias:
¡ay! ya no somos de España:
somos ya de Inglaterra.
¿Qué será de nuestra patria?
¿Qué de la Religión nuestra?
despojo será sin duda
de la britana soberbia.
¿No habrá un David esforzado,
que valeroso se atreva
a humillar a este Goliat
la erguida cerviz proterva?
¿Dónde, amable España, están
los héroes de nuestra esfera?
¿Dónde están los Cides y Albas?
¿Dónde los Atriscos, Leivas,
los Montemares, los Gages,
los Ceballos y Villenas,
que os dieron tantas coronas
como batallas y guerras?

¿No hay alguno que valiente
a nuestros ecos se mueva
y de nuestro cautiverio
rompa las duras cadenas?

Así lloraban las ninfas,
así expresaban su pena,
corriendo por sus mejillas
en vez de lágrimas, perlas.
Entonces nuestro gran Dios,
cuya omnipotente diestra
a los soberbios humilla
y a los humildes eleva,
entonces compadecido
a nuestras súplicas tiernas,
suscita un nuevo Vandoma,
un de Villars, un Turena,
que émulo del mismo Marte
sea más que Marte en la guerra.

Es don Santiago Liniers
y Bremont: ocioso fuera
de este ilustre caballero

decir las brillantes prendas:
su religión, su piedad,
su devoción la mas tierna
al Santo Dios escondido
en misteriosa apariencia,
en los templos humillado
lo declara y manifiesta.

Este señor, pues, un día
que el seis de Julio se cuenta
del triste pasado año,
admirado ve y observa
que Jesús Sacramentado
a un enfermo se le lleva
encubierto y escondido.
Temiendo la gente nueva
le acompaña reverente,
le adora, y en su presencia
se enciende su devoción
y se avivan sus potencias.
Siente un fuego que le abrasa,
siente un ardor que le quema,
un celo que le devora,
una llama que le incendia,

un furor que le transporta
por el Dios de cielo y tierra.
Los espíritus vitales
nuevo ardor dan a sus venas
y allí mismo se resuelve
a conquistar la tierra,
para que el Dios de la gloria,
Señor de toda grandeza
sea adorado como antes,
descubierto y sin la pena
de verle expuesto al desprecio
de genta insana y soberbia.

Dijo: y luego se prepara
con la devoción más tierna
para emprender con acierto
acción tan gloriosa y bella.
¡Qué cuidado! ¡Qué temores!
¡Qué sobresaltos le cercan!
¡Qué grandes dificultades
se le oponen a la empresa!
Pero, ya determinado,
los peligros atropella,

y por caminos secretos,
arroyos y ocultas sendas
en alas de sus deseos
a Montevideo vuela.

¡Ea, genios tutelares
del reino y nación Hesperia,
dirigid a nuestro héroe
en ocasión tan estrecha!
Después de muchas fatigas,
gastos, trabajos y penas,
firme siempre con sus designios,
a Montevideo llega.

Allí con sabia energía
vivacidad y elocuencia
propone a su ilustre Jefe
la acción que medita y piensa,
de reconquistar la plaza
antes que el socorro venga
de la Europa o del Cabo,
que los ingleses esperan.
El valiente y sabio Jefe
que la generosa idea
había ya concebido

de tan distinguida empresa,
una expedición formada
tenía por mar y tierra,
pronta ya para salir
y para marchar dispuesta.
Sin embargo a Liniers oye,
medita, examina, ruega
al Señor de las victorias
para que en tantas tinieblas
le alumbre, encamine y guíe,
y que lo mejor resuelva.
Después de muchas consultas
y meditaciones serias,
determina valeroso
que reconquistada sea
la famosa Capital
que es de todo el reino puerta.
Expide convocatorias
de marcial ardor compuestas,
convidando generoso
a la más gloriosa empresa.
No así los valientes griegos
viendo robada a su Elena

de Menelao al convite
corren presurosos, vuelan,
como nuestros compatriotas
oyendo la voz que suena
de este Mavorte español
se animan arden y vuelan.
Los valientes voluntarios
dejando sus conveniencias
con valor inimitable
se alistan para la empresa,
sin escuchar los gemidos
y lágrimas las más tiernas
de sus amadas esposas,
hijos, y otras caras prendas,
llevando sólo en sus pechos
el honor que los alienta
por su Dios y por su Rey.
¡Oh! ¡acción gloriosa, oh grandeza!
La ilustre Gobernadora
más ilustre por sus prendas,
con gracias y donativos
a los soldados alienta;
los exhorta con dulzura,
les reparte escarapelas,

y ellos, llenos de entusiasmo,
le ofrecen con entereza
de pelear hasta vencer,
o de morir en la empresa.

SEGUNDA PARTE

Preparadas ya las tropas,
el bélico parche suena,
y a su horrísono clamor
acompaña la trompeta
que en roncos sonidos dice:
¡arma, arma, guerra, guerra!
Todos parten presurosos
de Belona a la palestra,
rayos despiden sus ojos
y sus corazones saetas.
El generoso caudillo
que a la expedición se apresta
a pesar de su valor
y del laurel a que anhela,
por un casual incidente
que ni aguarda ni le espera,
se halla cuando menos cree,

impedido con urgencia
de desamparar su puesto,
en cuya situación seria
no quedándole otro medio,
la expedición encomienda,
dando el mando y el bastón
a quien el Dios de la guerra
tenía ya destinado
para tan gloriosa empresa.

Parten de aquella ciudad
alegres por mar y tierra
los héroes, cuyo valor,
cuyo aliento y cuya fuerza
las edades posteriores
en armoniosas cadencias
cantarán para su gloria
y para emulación nuestra.

Con indecibles trabajos
fatigas, gastos y penas,
bosques, arroyos, pantanos
y caminos atraviesan,
hasta llegar reunidos

a la orilla más frontera
de la ilustre capital:
y de allí como más cerca
el claro Argentino cortan
hasta la opuesta ribera.
Los ilustres argonautas
plácidamente navegan
los bajeles presurosos
corren la plateada esfera,
sus quillas cortan el agua
hincha el céfiro las velas,
los tritones bulliciosos
y las hermosas nereidas
con sus retorcidas conchas
y voces suaves celebran
de los nuevos campeones
el valor, la fe y paciencia.
Al cabo de doce días
de trabajos y molestias
felizmente nuestros héroes
al puerto de Conchas llegan,
y desde allí sin fatiga,
trabajo, angustia ni pena,
al lugar de San Isidro

todos unidos se acercan.

Allí las gentes del país
de contento y gozo llenas
se apresuran a porfía
en obsequiar con franqueza
a sus reconquistadores
que como a padres contemplan.

El sexo suave, con modos
muy obligantes, se empeña
en servir a nuestros héroes,
de cuyo valor esperan
sacudir el duro yugo
de la esclavitud inglesa.

Detén aquí, pluma mía,
detén tu vuelo y carrera,
mientras en breve episodio
mi pobre numen celebra
una acción la más brillante
que en las edades postreras
será el honor de este suelo
y gloria de nuestra Iberia.

En el campo que se nombra

de Perdriel, por una hacienda,
cuyo dueño así apellida,
y desde hoy por excelencia;
en este sitio y lugar
que con corta diferencia
dista de la capital
poco más de cuatro leguas,
algunas gentes armadas
de fusil y bayoneta
con dos tristes cañoncitos,
sin avatrén ni cureñas
se iban juntando sin orden,
sin guardias ni centinelas,
para unirse con el cuerpo
de tropas que ya se espera.
El General Beresford
que esto sabe con certeza,
el día menos pensado
de noche el viaje acelera
con tren de volantes fraguas,
y sobre toda esta fuerza
quinientos de sus soldados
con sus sables y escopetas.
Los nuestros que descuidados

dormían a rienda suelta,
reciben secreto aviso
que el inglés armado llega.
Al punto el caso consultan,
entre ellos lo conferencian:
los Blandengues se retiran
en orden y con prudencia,
porque aun no están en estado
de empeñarse con violencia
en acción tan peligrosa,
inútil y tan expuesta
a la derrota total
de nuestras pequeñas fuerzas,
y éste era el prudente medio
que allí tomar se debiera.
Pero ¡oh valor español,
superior a cuanto pueda
referirse en las historias,
fábulas, romances, poemas!
Cuarenta y nueve resuelven
mantenerse en la palestra,
y sostener el ataque
de toda la gente inglesa.

Dijeron, y luego al punto
se preparan a la guerra.
¡Viva España!, dicen todos,
y muera la Inglaterra.
Rómpese el fuego, y el campo
un Vesubio representa,
los tiros de artillería
por todas partes resuenan.
Aquí el bravo Pueyrredón,
lleno de valor se arrostra,
y sin temor de la muerte
embiste, corre, atropella,
y un carro de municiones
hace generosa presa;
mátanle el brioso caballo,
pero con gran ligereza
en ancas de otro montando,
sin daño escapa ni ofensa.
Aquí otros dos Pueyrredones.
y Orma con brío y destreza
por el Rey y por la patria
dan las más gloriosas muestras.
Aquí don Martín Rodríguez
con heroica gentileza

y su primo Don Juan Pablo
constantemente pelean.

Aquí don Antonio Tejo
su intrepidez manifiesta
en el brío con que embiste,
y ataca la gente inglesa.

Aquí el intrépido Ansoátegui
con otros de igual braveza,
su fe, valor y constancia
claramente manifiestan.

Aquí, finalmente todos
como unos héroes pelean;
nadie muere, y se retiran
con orden y gentileza,
dejando en el campo algunos
muertos de la gente inglesa.

TERCERA PARTE

En San Isidro las tropas
sufren tempestad deshecha,
la que a beneficio nuestro
dirige la Providencia.

Allí a nuestro General

noticia le dan secreta,
que Guillermo Beresford
con trenes y soldadesca
de la ciudad ha salido,
y que viene en busca nuestra.
Tócase al arma al instante,
fórmanse todos en guerra,
y lloviéndoles encima
sin reparos, ni defensa,
valientes, como sufridos,
la noche pasan entera.
Algún tanto reparados
de borrasca tan severa
marchan los héroes invictos
y a la Chacarita llegan,
en donde son obsequiados
con gusto, amor y franqueza;
todas las gentes a gritos
los aclaman y vocean;
todos ofrecen sus bienes,
su pan, su vino y pobreza:
tan disgustados estaban
con la autoridad inglesa.

Los Blandengues de a caballo,
soldados de la frontera,
en número bien crecido
al ejército se agregan
con innumerable gente
que de todas partes llegan
de valor y patriotismo
honor y religión llenas.
En esa misma mañana,
horas de las diez y media,
a un puesto importante arriban,
de la ciudad media legua;
y es una grande llanura,
que de una posesión vieja
corrales de Miserere
se domina en la tierra.
Desde aquí el General
a su Ayudante le ordena
lleve un oficio al Inglés,
en que le intima con fuerza
desampare la ciudad
con brevedad y presteza,
si experimentar no quiere
los rigores de la guerra;

que solos quince minutos

permite para respuesta.

Detenido el ayudante

la comitiva y trompeta

el acampamento nuestro

en breve tiempo regresa.

Segunda vez nuestro jefe

manda a su ayudante vuelva

con la última intimación;

que si detenerlo intenta,

no volverá otra vez

a usar esta diligencia,

estándose a las resultas

de los derechos de guerra.

Entonces vino el britano

sagaz disculparse intenta,

y que a defenderse siempre

está pronto, le contesta.

Recibido ya este oficio

nuestro General ordena

que al parque de artillería

(que el título y nombre lleva,

del Retiro) se dirija

el avance y gente nuestra.

Los intrépidos Miñones
con la gente granadera
a este interesante punto
se encaminan, corren, vuelan
con dos preñados obuses
que a su frente armados llevan.

Todo el ejército sigue
y aquel camino atraviesa,
que es sumamente molesto
y andar aún se puede apenas.

Es innumerable el pueblo
que aquí se junta y congrega;
los cañones van volando
en brazos de gente nuestra,
quien su valor manifiesta
y su militar pericia
en lo que manda y ordena.

A su lado le acompaña
un joven de ilustres prendas,
don Victorio de García
y Zúñiga, quien se empeña
en servir con prontitud
la municiones de guerra.

A éstos, por la misma calle,
siguen con igual braveza
el teniente de navío
don Juan Angel Michilena
y don Cándido Lasala
con la marina de guerra.
Por la calle de las torres
con heroica fortaleza
el intrépido Murguiondo
el pecho al fuego presenta
con un cañón de a dieciocho,
hijo de la Parca fiera,
y un obús de treinta y seis
que diestramente maneja.
Por otras calles entraron
con invicta fortaleza
el generoso Mordell
con su marina francesa,
los fuertes Malvín y Elluri
y el valiente Chopitea,
los insignes partidarios
Núñez, Vivas y Valencia;
los Alvarez de Bragaña,

los Pueyrredones y Arenas
Méndez, Ferrer, Somellera,
Fontín, Irigoyen, Pasos,
Viamont, Zamudio y Correa,
Córdoba, Toledo, Ruiz,
Miranda, Cos e Iglesia;
ya no alcanzan los fusiles,
sables, pistolas, ballestas;
todos claman en voz alta:
¡Viva España; el inglés muera!
Avanzan por fin los nuestros
al parque que dicho queda,
como furiosos leones
que temen perder la presa.
Avanzan con gallardía,
sin que nada estorbar pueda
de su intrépido valor
la invencible ardiente fuerza.
Hieren, matan, acuchillan,
y en breves momentos queda
por nuestro el parque y su plaza
con las calles que le cercan.
A golpe tan impensado
se asusta el Inglés, se altera,

y con cuatrocientos hombres,
y tren volante que lleva
hacia el Retiro se avanza
con ardor y ligereza.
Pero el valiente Agustini
con frescura los espera
y con su obús a metralla
con tal primor tirotea,
que los ingleses huyendo
corren a carrera abierta,
quedando muertos algunos
aun en la misma carrera.
Si a este tiempo el General
el último avance ordena,
el fuerte, plaza, y ciudad
toman ya sin resistencia,
porque el inglés fugitivo
sólo en escaparse piensa;
pero la noche iba entrando,
y exigía la prudencia
no exponerse a una emboscada
de las que admite la guerra,
o por no dañar al pueblo

que ignoraba esta sorpresa.

Luego que el fuego suspende

y la gente se sosiega

el pabellón español

se enarbola y la bandera,

con gritos y aclamaciones

de toda la gente nuestra.

¡Viva el Rey! dicen unos;

otros: ¡muera Inglaterra!

El día once siguiente

guerrillas bravas comienzan;

los valientes catalanes

y las gentes que se agregan,

persiguen a los ingleses

con tal valor y destreza

que en aquel entero día

y mañana del que empieza,

acabaron con las guardias,

soldados y centinelas

que ocupaban las entradas

de la grande plaza nuestra.

Empeñada así la acción,

socorro que los sostenga,

suplican a nuestro Jefe,

y éste en situación tan bella
entra con toda la gente
mas que en marcha, de carrera,
y todos a grandes voces,
su entusiasmo manifiestan.

Avanzan por ocho calles
que son otras tantas guerras,
pues estaban defendidas
con cañón y soldadesca.

Los ingleses a montones
ocupan las azoteas,
torres, ventanas, balcones,
y desde allí tirotean
con la singular ventaja
de que nadie los ofenda.

Pero nuestros españoles
cada uno parece un César;
rompen por entre las balas,
por entre el fuego atropellan.

¿No habéis leído que el Vesubio,
no habéis oído que el Etna
embravecido a las veces
contra las nubes se altera,

y que erupciones terribles
arroja de azufre y piedras,
que el espanto y el horror
a larga distancia llevan?

Así, pues, en este día
la implacable parca horrenda
de las fraguas de Vulcano
rayos despide y centellas,
que la muerte a todas partes
con horrible aspecto llevan.

El valiente General
que en su compañía lleva
al Coronel de Pinedo,
con denuedo marcial entra
por la calle de Mercedes,
en donde una bala austera
por el faldón del vestido
y demás ropa atraviesa
dejando libre aquel cuerpo
que el señor de cielo y tierra
defiende por su piedad,
religión y fe sincera.

No se oye otra voz a todos
que la brava cantinela:

avance; fuego y a ellos:

¡viva España; el inglés muera!

Por la calle de Cabildo

el jefe segundo entra

don Juan Gutiérrez de Concha,

con otros varios sujetos

de tanto valor y fuerza

que a su vista desaparece

lo que las historias cuentan

de los Héctores de Troya

de los Aquiles de Grecia.

El valiente Agustín Sousa,

capitán de raras prendas,

hizo brillar su valor,

su lealtad y gentileza

de que dio las mas cabales

y las más brillantes pruebas;

una bala de fusil

que silbando viene fiera

corre, y por la misma boca

de su carabina cuela,

inutilizando el arma

que dignamente maneja.

Pero el brioso Sousa entonces

arroja el arma por tierra

y otra más segura toma

que le da la Providencia.

A estos héroes generosos

una amazona se agrega

que oculta en varonil traje

triunfa de la gente inglesa:

Manuela tiene por nombre

por patria: tucumanesa.

Aquí un prodigio admirable

una maravilla resta

que referir sin segunda

en las historias de guerra.

Innumerables muchachos

en medio del fuego entran,

ellos arrastran cañones,

y cartuchos acarrear;

ellos rompen su ropita

para tacos, y vocean:

¡viva España y Carlos cuarto,

y muera la Inglaterra!

Muerto un artillero nuestro,

un niño toma la mecha

y prende fuego al cañón
con valor y fortaleza.
Al fogonazo que ven
de la artillería inglesa,
con vivacidad pueril
se arrojan todos por tierra,
repitiendo muchas veces
esta misma diligencia
con tanta felicidad,
con tal primor y destreza
que ninguno pereció
nadie hubo que herido fuera,
en lo que alabar debemos
la Divina Providencia.
Más de dos horas duró
el combate y dura guerra,
sin que ventaja se note
para España o Inglaterra.
Todos embisten con furia;
todos matan y pelean;
nadie cede, nadie huye,
cada uno vencer intenta.
En la fuerza del combate

y vigor de la pelea
un duro plomo incendiado
que despide una arma inglesa,
se dirige a Pueyrredón,
su noble pecho atraviesa,
y de su caballo al pie
cae tendido por la tierra,
víctima de nuestra patria,
y lealtad la más sincera.

Otra bala de metralla
atrevida rompe y quiebra
del generoso Fantín
en el combate una pierna,
de cuyo adverso fracaso
la horrorosa Parca fiera
los laureles le arrebata
que su valor mereciera.

El fuerte Alvarez Bragaña,
de inmortal gloria y braveza,
cuando mas fogoso avanza,
cuando mas vivo pelea,
es herido de cruel plomo
desde un alto o azotea,
que le abre sangrienta herida

y le hace astillas la pierna,
de cuyo lance fatal
el alma a su Dios entrega
dejando en su patriotismo
religión y fe sincera
ejemplo de imitación
y a su familia nobleza.

El valiente castellano
por nombre Tomás Valencia
entra con brío al combate
con valor y gentileza,
sin que le amedrente el fuego
ni le asusten bayonetas:
embiste, avanza sin miedo,
los peligros atropella;
pero cuando más fogoso
persigue la gente inglesa,
un rayo volante viene,
le hiere y rompe una pierna,
y de su resulta pasa
para la celeste esfera,
dejando de su lealtad
y valor la mejor prueba.

Otros varios esforzados
dignos de memoria eterna
por la religión y el Rey
en esta sangrienta guerra
gloriosamente murieron,
para reinar en la esfera
con coronas de laureles
en azul campo de estrellas.

Entretanto indecisa
y dudosa la acción queda,
hasta que el famoso Chain,
lleno de ardor y braveza,
resuelve avanzar con brío
hasta la real fortaleza,
si la tropa de marina
guarda su espalda en reserva:
se le asegura este auxilio,
y entonces con ligereza
hasta la gran plaza avanza,
donde Balbín se le agrega.
Embisten con valentía
con su gente brava y fiera.
Ya se acobarda el inglés,
ya desmaya, ya flaquea,

ya vuelve la espalda y huye
a ganar la fortaleza.

Nuestra gente los persigue,
llena de ardor y braveza,
y entonces pone su jefe
parlamentaria bandera;
pero nuestro General
por su ayudante le ordena,
que se rinda a discreción
de la española franqueza,
si experimentar no quiere
todo el rigor de la guerra.

En lance tan apurado,
y situación tan estrecha
el pabellón español
enarbola a vista nuestra.

¡Oh soberano Señor,
Majestad de cielo y tierra,
qué labio podrá explicar,
ni qué brillante elocuencia
los gritos y aclamaciones
al ver tan gloriosa seña!
Unos se explican con voces,

otros con lágrimas tiernas.

Ya se dan los parabienes

del éxito de la empresa;

se abrazan sin conocerse

las gentes de gozo llenas.

Las campanas todas juntas

de Conventos y de iglesias

en repiques muy alegres

la ilustre victoria expresan.

Todos alaban a Dios

y a la Virgen madre nuestra,

al verse ya libres de

la dominación inglesa,

mucho más considerando,

por circunstancias muy ciertas

que ha sido favor del cielo

una gloria tan completa;

por la cual debemos todos

con devoción la más tierna

tributar a Dios las gracias

con alabanzas eternas.

El brillante ilustre cuerpo

que de la Unión nombre lleva,

(cuyos comandantes son

los fuertes a toda prueba
don Felipe Sentenach
y don José Forneguera,
y su sargento mayor
el don Tomás de Valencia)
es el primero que logra
enarbolar su bandera
en la gran plaza que estaba
de ingleses toda cubierta,
abriéndose con la espada
cañones y bayonetas
por entre el fuego y las balas
camino y segura senda
al templo de inmortal gloria
que su valor les presenta.

Y vos, ¡oh! gran Carlos Cuarto,
dueño y señor de esta tierra,
recibid los corazones,
que con amor os presentan
estos humildes vasallos
que tan distante os veneran.
No queremos otro Rey,
más corona que la vuestra.

Viva España en nuestros pechos;

nuestra lealtad nunca muera.

Y vos, ilustre Ciudad,

ciudad fiel a toda prueba,

recibid los parabienes,

de todos la enhorabuena.

Pide al Señor que gloriosa

felicidad os conceda,

y que la paz y concordia

sea en vuestro suelo eterna.

Finalmente, ¡oh compatriotas,

La gloriosa defensa

PRIMERA PARTE

Beatísima Trinidad

Dios soberano y eterno,

abismo de perfecciones,

infinito, sabio, inmenso,

fuelle de todas las gracias

y de todo don perfecto:
purificad mis potencias,
inflamad mi ronco pecho,
para que el son de mi lira,
y mal templado instrumento
cantar pueda con verdad,
con entusiasmo y acierto
la más ilustre victoria,
gloria y triunfo el más completo
que las armas españolas
por su valor consiguieron
del orgulloso bretón
en americano suelo.
Es el caso que el inglés,
de furor y rabia lleno,
por haberle despojado
con vergonzoso desprecio
de la posesión que obtuvo
en la ciudad mes y medio,
intenta con nuevas fuerzas,
mañas y ardidés secretos,
atacar la capital,
seguramente creyendo

que el ejército español
del vecindario compuesto,
al ver sus lucidas tropas,
trenes, caballos y fuego,
se rendiría al instante,
de pavor y susto lleno.
En sus públicos papeles
que correr hacen impresos,
estampan abiertamente,
de su valor satisfechos,
que cada soldado suyo
necesita cuatro nuestros.
Ellos cantan la victoria,
y reparten los empleos
aun antes de presentarse
al combate y tiroteos.
Con esta satisfacción,
hija de su orgullo fiero,
parten para Buenos Aires
desde su Montevideo.
El día 26 de Junio,
(que Viernes era por cierto,
de mil ochocientos siete)
desde los Quilmes se vieron

sobre más de ochenta velas,
y que se acercan al puerto.
El día veintiocho comienzan
su desembarco muy presto,
y lo verifican todos
sin oposición ni miedo:
pues fuera inútil trabajo
querer estorbar su intento.
Nuestro invicto General,
que sabía por momentos
del enemigo invasor
los pasos y movimientos,
tocar alarma dispone,
y el bélico parche horrendo
anuncia la generala
con su clamoroso estruendo
por las calles y las plazas
del fiel generoso pueblo.
Corren todos a las armas,
jóvenes, niños y viejos,
llenos de marcial ardor,
de espíritu militar llenos.
¡Qué gritos y aclamaciones

por todas partes se oyeron!

¡Viva España! dicen unos;

otros: ¡viva el jefe nuestro!

Las calles iluminadas

presentan alegre aspecto

y destierran de la noche

el triste color funesto.

Nadie duerme, todos velan,

y en tan peligroso aprieto

la tardanza les aflige,

les apura y causa tedio.

Entretanto las familias

con el prudente recelo

de experimentar desgracias

entre las balas y el fuego,

o de sufrir del britano

de sus bienes el saqueo,

en coches, calesas, carros,

de la ciudad van saliendo

a quintas, chacras, estancias,

villas, lugares y pueblos,

llevando sus intereses

alhajas, ropa y dinero,

sufriendo incomodidades,

trabajo y gastos inmensos.

El ejército anglicano

que ya en tierra estaba puesto,

su marcha pronto dirige

a fin de lograr su intento

por entre horribles pantanos

e intransitables senderos,

sin embargo de traer

para su marcha y gobierno

prácticos los más insignes

y banqueanos los más diestros.

Dos cañones de a diez y ocho

en un bañado perdieron,

(caso que de nuestra dicha

fue presagio nada incierto).

Nuestras tropas ordenadas

en batalla, con denuedo

presurosas corren, vuelan

del anglicano al encuentro.

Innumerables muchachos

marchan en su seguimiento,

y en repetidos clamores

¡viva España! van diciendo.

Llegan al puente de Gálvez,
y todo en orden dispuesto,
trenes, cañones, obuses,
trincheras y parapetos,
al enemigo impacientes
esperan ya por momentos,
brotando llamas de brío
de sus generosos pechos.
Los bretones muy astutos
y en arte del fingir maestros
aparentan que hacia al frente
dirigen su rumbo cierto,
cuando por otros caminos,
rumbos y ocultos senderos,
al país se van internando
para avanzar luego al pueblo.
Nuestros húsares valientes
el rumbo les van siguiendo,
sin perderles de su vista
en su marcha y movimientos,
y de paso, escaramuzas
muy gloriosas van haciendo.
Ya les quitan las ovejas,
que traen para su alimento,

ya en sutiles emboscadas
sorprenden algunos de ellos,
y ya en sus mismos fogones,
sus tiendas y acampamentos
matan algunos ingleses,
sirviéndose de sus fuegos
en la tenebrosa noche
de farol y rumbo cierto.
Los anglicanos caminan
con ligereza de ciervos,
sin que arroyos ni pantanos
les sirvan de impedimento:
Nuestro ejército los sigue,
más que de paso, corriendo,
por horribles lodazales,
por quintas, zanjas y cercos,
metidos dentro del agua
a veces a medio cuerpo,
siendo algunos oficiales
los primeros al ejemplo.
Por dos veces al inglés
el bravo General nuestro
campal batalla presenta

y le ofrece cuerpo a cuerpo.

Pero, sagaz el bretón,

huye este fogoso encuentro,

siendo su fin avanzar

cada vez más hacia adentro

y unirse, si acaso puede,

con su retaguardia y centro.

Cansados de tanto andar

y muy rendidos de los nuestros,

pues no están acostumbrados

a semejantes paseos,

no admiten ya más espera,

más vueltas, ni más rodeos,

y ordenados en batalla

comienzan un vivo fuego,

al que el inglés corresponde

con braveza y ardimiento.

Resuena todo aquel campo

con el pavoroso estruendo

de los preñados cañones

que globos de vivo fuego

despiden por todas partes

como furias del Averno.

La cruel implacable Parca

con su rostro horrible y fiero
de uno al otro campo vuela
su cruel guadaña esgrimiendo,
Al fin el inglés, dejando
en el campo muchos muertos,
del combate se separa
en retirada batiendo,
por no empeñarse en acción
hasta su oportuno tiempo.
En esta corta refriega
el efecto fue sangriento,
pues trescientos y algo más
de los ingleses cayeron,
siendo menos, sin disputa,
los nuestros que perecieron,
entre los cuales lloramos
a un capitán de artilleros
llamado Joaquín Zorrilla,
de honor y valor ejemplo.
Sin embargo, el orgulloso
bretón, general soberbio,
una intimación despacha
al invicto jefe nuestro,

que la ciudad se le entregue,
y de su parte ofreciendo
salvar las vidas y haciendas
y los augustos misterios
de la religión sagrada,
que por nuestra dicha creemos.

Mas, el coronel Elio
a quien este parlamento
se dirige por ausencia
del señor general nuestro,
contesta con energía
firmeza y valor diciendo
no se oiría proposición
que sonase a rendimiento;
y que hallándose con tropas
llenas de ardor y deseos
de sacrificar sus vidas
por su Rey y patrio suelo,
era llegada la hora
de manifestar su celo.

Toda nuestra gente estaba
ya rendida y sin aliento,
de tanta forzada marcha
de aquel día todo entero,

por tan pesados caminos,
y son probar alimentos:
cuando la noche llegó,
y con su horroroso velo
de oscuras tinieblas puso
a todas cosas silencio.
¡Qué situación tan funesta
pudo ser para este pueblo
la dispersión de esta noche,
si la protección del cielo
que tan manifiesta ha sido
no estuviera a favor nuestro!
Nuestras tropas desunidas,
nuestros soldados dispersos,
a la mañana siguiente
del cansancio algo repuestos,
en la gran plaza se juntan
y se reúnen a sus cuerpos,
con nuevo valor y brío,
nueva fuerza y nuevo aliento,
todos prontos a pelear
todos a morir dispuestos.
Los ingleses, el día tres

del mes de Julio por cierto,
comienzan con crueldad
el más horrible saqueo
de los barrios extraviados,
casas, personas y templos,
matando con ceguedad
niños, mujeres y viejos,
sin perdonar ¡cosa horrible!
aun a los mismos enfermos.
Es incalculable el daño
que en cuatro días hicieron;
las alhajas de valor,
ricos muebles que rompieron,
las vajillas de oro y plata
y muchísimo dinero
que saquearon y llevaron
de las casas y los templos.
Pero lo más execrable,
lo más horrible y más feo
es la sacrílega furia,
el horrendo atrevimiento
de profanar lo sagrado
de nuestros augustos templos.
Ellos rompen los sagrarios,

y con infernal veneno
sacan los vasos sagrados,
sin religión ni respeto.
Las imágenes ultrajan
y llevan los ornamentos;
aprimoran los ministros
del Señor, y algunos muertos,
de suerte que desatadas
parece que del infierno
todas las furias estaban
en estos días funestos.
No se puede ponderar
con expresiones ni acentos
los trabajos y fatigas,
los clamores y lamentos
de tantas pobres familias
que vagando sin sustento
y desnudas, con sus hijos
van del enemigo huyendo,
por entre espinas y lodo,
por entre zanjas y cercos,
perdidos todos sus bienes,
ropa, muebles y dinero.

Si los bárbaros del Norte,
o los más feroces negros;
si los turcos o los moros,
si los indios más sangrientos;
al fin, si los hotentotes
más salvajes y mas fieros
así cometido hubiesen
atentados tan horrendos,
delitos tan execrables,
y tan criminales hechos,
nada habría que admirar
de naciones tan incultas,
de tan ignorantes pueblos.
Pero que gente ilustrada,
nación culta, sabio reino,
que en sus papeles anuncia
hacer felices los pueblos,
tales horrores practique,
cometa tales excesos
a la faz de todo el mundo,
a vista del orbe entero,
¿qué resta sino que todos
a voz en cuello gritemos,
que son la afrenta del hombre,

el horror del universo,
y de todos para siempre
la execración y el desprecio?
Su descantado valor,
que hacen correr en impresos,
sólo se ha manifestado
en matar los indefensos,
en perseguir las mujeres,
niños, enfermos y viejos.
Pero ¡oh virtud española!
¡oh glorioso blasón nuestro!
que sin embargo de tantos
enormes delitos feos,
no se venga en los culpados
cuando viles se rindieron,
pudiendo haber derramado
la sangre de todos ellos,
según que por sus horrores
y crueldad lo merecieron.
Detén ahora, musa mía,
detén tu carrera o vuelo,
y a tantas atrocidades
arroja un oscuro velo,

que la humanidad se ofende
al escuchar los excesos,
las vilezas y crueldades
de estos famosos isleños;
mientras prosigo cantando
de nuestra esforzada gente
los militares progresos.

En los días tres y cuatro
de Julio que dicho llevo,
guerrillas hubo muy bravas,
y en las que siempre los nuestros
grandes ventajas llevaron,
aunque no faltaron muertos.

En una de estas el bravo,
el valiente cabo Orencio,
cuando más fuerte pelea,
cuando hace más vivo fuego,
de una bala de metralla
que despide el cañón fiero
es herido, y una pierna
rompida del duro fierro
colgando queda; mas él,
de honor y valor ardiendo,
corta con su propia mano

y con su brillante acero
su misma pierna, y caído
sangrándose en el suelo,
con marcial ardor exclama:
nada es, nada compañeros.
Defender la patria importa
defenderla hasta el extremo.

SEGUNDA PARTE

Llegó el día cinco de Julio,
que domingo fue por cierto,
y a las seis de la mañana
el Britano rompe el fuego,
despidiendo muchas balas
de la ciudad hacia adentro,
y al punto en varias columnas,
en varios trozos y cuerpos
su ejército numeroso
se va encaminando al pueblo
para atacarle por varias
calles y puntos diversos.
¡Qué lucidamente marchan
al son de sus instrumentos,

con la gran satisfacción
de que el ejército nuestro
al ver su brillante tropa,
de susto pavor, y miedo,
o las armas rendirá,
o quedará sin aliento!

El ejército español
del vecindario compuesto,
ha ocupado los balcones,
azoteas y otros puestos,
bien surtidos de cartuchos
granadas, frascos de fuego.

La grande plaza mayor
y cuartel general nuestro,
por sus ocho rectas calles
en que se divide el pueblo,
fosos y grandes cañones
tenía de calibre grueso
con sobradas municiones
y dotación de artilleros.

En ella los generales
y el Ilustre Ayuntamiento
daban sus disposiciones

y recibían parlamentos.

Allí el Señor don Martín
de Alzaga, alcalde primero,
alienta y anima a todos
con su voz, y con su ejemplo,
poniendo el cuerpo a las balas,
con valor y con denuedo.

Por las calles de la plaza
del Retiro, en cuyo centro
está la plaza de toros
y en uno de sus extremos
el parque de artillería
con el cuartel de artilleros,
entraron por todas ellas
como dos mil y quinientos
de la mejor tropa inglesa
escogida a este efecto.

De los nuestros sólo había
por todos como seiscientos,
a saber: de real marina
cincuenta, sobre trescientos;
de los patricios, ochenta;
peones, criados y artilleros
treinta y ocho sobre ciento;

y del tercio de Galicia
con treinta y dos granaderos
con su bravo capitán,
gloria y honor de su cuerpo,
don Jacobo Adrián Varela,
a cuyo valiente esfuerzo
constancia y disposición
se debió morir al menos.
Mandaba en jefe este sitio
el capitán de navío
de honor y conocimiento
don Juan Gutiérrez de Concha,
quien de la plaza en el centro
con los demás oficiales
de la real marina y cuerpo
daba sus disposiciones
y ordenaba sus preceptos.
Comienza el duro combate,
por ambas partes el fuego;
parece que aquella plaza
se ha convertido en infierno.
Caen ingleses a montones,
al duro impulso violento

de los cañones y obuses
de mayor calibre grueso
y de la fusilería
que con indecible empeño
manejan más de tres horas
los bravos soldados nuestros,
dejando en tierra tendidos
ingleses como seiscientos.
Empeñados los britanos
en dominar aquel puesto
por entre balas embisten
y avanzan sobre los muertos
como tropas escogidas,
soldados de línea electos.
Mueren también en la acción
de los voluntarios nuestros
y de la marina real
como cosa de doscientos.
Pero cuando más fogosos
de ardor y coraje llenos
unos y otros se disputan
el valor, honor y el puesto,
se nota con gran dolor
y con grande sentimiento

que los cartuchos se acaban:
no hay como seguir el fuego
y que no hay modo ni arbitrio,
que pueda ser de remedio.
Concluidas las municiones,
perdimos con sentimiento
un cañón de a diez y ocho,
que el inglés tomó al momento,
y con él sin detenerse,
a batir comienza luego
la grande plaza de toros,
en cuyo recinto y centro
unidos nuestros soldados
seguían su tiroteo.
En este duro conflicto,
en este bárbaro aprieto
no queda que discurrir
ni más se ofrece otro medio,
que entregarse al enemigo
o hacer el mayor empeño
para retirarse en orden,
sin dejar de hacerles fuego,
y de esta suerte salvar

de nuestras tropas el resto,
para con ellas cubrir
otros importantes puestos.
Esta determinación
tomó el valiente gallego
don Jacobo Adrián Varela,
y a todos la anuncia luego,
para que le sigan pronto
los que aprueben su proyecto.
Le siguen unos sesenta
en retirada saliendo
del Retiro y sus contornos
por entre balas y fuego,
llevándose la gran gloria
de salvar aquellos restos,
que permaneciendo allí
perecerían sin remedio.
En esta brillante acción,
digna de elogio perpetuo,
algunas desgracias hubo
que evitar no se pudieron,
pues cada paso que daban
era un peligro, era un riesgo,
por las muchas emboscadas

de los enemigos fieros
en las quintas escondidos,
en las casas y en los huertos.
Aquí a don Juan de Calvo,
del bizarro ilustre cuerpo
de Galicia, en duro plomo
le atraviesa y deja muerto,
para gloria de su patria
y para honor de su reino;
tres más, gravemente heridos
hubo de los granaderos;
los demás todos salvaron
las vidas por un portento.
No es posible aquí omitir
el vivo valiente esfuerzo
de don Andrés de Domínguez,
teniente de granaderos
de Galicia, quien al punto
que observó que el cañón nuestro
no hace fuego, matar manda
al oficial artillero,
acción cobarde o traición
justamente en él temiendo,

quien por fortuna escapó
prontamente respondiendo
que por falta de cartuchos
no continuaba su fuego.

Este valiente oficial
notando esta falta luego
a pasar a la ciudad
se resuelve sin recelo
en busca de municiones,
por entre balas y fuego.

Lo ejecuta con valor,
de honor y coraje lleno:
pero no puede llegar
porque cayó prisionero.

Don Juan Manuel de Pereyra,
joven esforzado y bello,
granadero de Galicia
y natural de este suelo,
dos balazos recibió
en el muslo y en el pecho,
de cuyas graves heridas
murió, dejando el consuelo
de su gran resignación
y cristianos sentimientos.

A sus padres que afligidos
le lloraban ya por muerto,
les dice que no le lloren,
que no formen sentimiento,
pues si mil vidas tuviera
las daría muy contento,
por la defensa gloriosa
de la religión y el pueblo.

Los oficiales que estaban
de la gran plaza en el centro,
defendidos de sus muros,
de sus paredes cubiertos,
viéndose ya rodeados
del enemigo y sus fuegos,
que era imposible escapar
claramente conocieron.

Sin embargo, en tal peligro,
rompen por aquel incendio
de balas y de metralla,
que el aire inundan, y el suelo.

Pero ¡oh desgracia! al salir
don José Rivas fue muerto,
Lazala y Correa heridos,

Ibarra y Villavicencio,
con cinco oficiales más,
de otros diferentes cuerpos.
Don Juan Gutiérrez de Concha,
que comandaba aquel puesto,
con todos sus oficiales
del inglés son prisioneros
salvando sus vidas cuando
ya se contaban por muertos.
Del ejército anglicano
por la calle del Correo
una columna va entrando
que era como de ochocientos,
con cañón y municiones
y avance muy bien dispuesto,
cuando de improviso, unidos
rompen los nuestros el fuego
con tal viveza y tal brío,
con tal braveza y denuedo,
que en un espacio muy corto
y limitados momentos
destrozaron la columna,
la formación deshicieron,
quedando toda la calle

sembrada de muchos muertos.

Un resto de la columna
que de este lance funesto
escapó, se fortalece,
llena de susto y de miedo,
en una casa vecina,
número como doscientos.

Pero el cuerpo de Patricios
los avanza con denuedo,
y después de un largo rato
de combate y tiroteo,
se rinden a discreción
quedando allí muchos muertos,
en cuya brillante acción
en valor se distinguieron
al comandante Saavedra,
Viamont, mayor de su cuerpo,
y su ayudante Díaz Vélez
con Aguirre, don Juan Pedro.

Otra columna de ingleses
dirige su rumbo cierto
a la puerta falsa de
el religioso convento

de Santo Domingo y rompe
con el incendiado hierro
las puertas y los cerrojos
que le impiden ir adentro.
Atraviesan los corrales,
claustros, celdas y aposentos
como furias infernales
que ha vomitado el infierno.
Se apoderan de la torre,
de la sacristía y templo;
profanan lo más sagrado,
sin religión ni respeto,
y a los pobres religiosos
los afligen en extremo,
hasta la última bajeza
de herir con su vil acero
a un humilde religioso
que hacía de campanero.
Saquean todas las celdas,
la vileza cometiendo,
de derramarles el agua
que tienen para el sustento,
rompiéndoles las vasijas.
¡Qué brutalidad de isleños!

El teniente Somavilla,
digno del mayor aprecio
por su valor y piedad,
por su religioso celo,
con la mayor entereza
y sin conocer el miedo
a sus soldados exhorta
con su palabra y ejemplo
a morir en la batalla
por la religión y el reino.

Pero cuando más activo
Dispone y ordena el fuego
una bala de fusil
hiere y penetra su pecho
y a pocos instantes cae
a vista de todos muerto.

Pero después es herido
su fuerte y bravo sargento
Juan de Baranda, exhortando
a sus nobles compañeros,
de los cuales hubo algunos
heridos, y algunos muertos.

Desde el castillo del Fuerte

a la torre se hace fuego
con éxito tan feliz,
con tanto pulso y acierto
que tiembla el vasto edificio
al golpe del duro hierro.
Los ingleses asustados
y penetrados de miedo
bandera parlamentaria
ponen en el mismo templo.
El teniente de navío
Unquera va al parlamento,
y cuando menos lo piensa
de un balazo queda muerto,
con universal dolor
y general sentimiento
de todos los que conocen
la lealtad, valor y celo
de este valiente oficial,
cuyo honor será perpetuo
en el clarín de la fama
y en los fastos de este pueblo.
A nuestro ayudante Pasos
le sucede poco menos,
cuando retrocede incauto

de distinto parlamento.

El general, irritado
de tales procedimientos,
a don Bernardo Pampillo,
capitán de los gallegos,
envía, que les intime
a los bretones protervos
que se rindan sin demora,
o que se arruinará el templo,
y que serán sepultados
en sus cenizas y fuego,
y que no se les concede
para resolver más tiempo
que el de un minuto preciso,
sin esperar más momento.

Crawfurd pide un cuarto de hora,
y Pampillo grave y serio,
repite: un solo minuto,
y no se admite otro medio.

Entonces Crawfurd confuso,
de temor y asombro lleno,
garantía de su vida
pide, y de sus compañeros.

Pampillo la ofrece a nombre
del suave General nuestro.
Crawfurd entrega su espada,
y aquél se la vuelve luego;
y los bretones rendidos
van desamparando el templo,
desarmados y confusos
de lo mismo que están viendo,
llevando en su rostro escritas
la vergüenza y el desprecio.
Entre ellos está el vil Pack,
coronel del regimiento
setenta y uno nombrado,
cuyo borrón será eterno.
Este oficial que rendido
había sido en otro tiempo
y de nuestro pabellón
a su pesar prisionero,
bajo palabra de honor,
religión y juramento,
gozaba de libertad,
de salvoconducto y sueldo;
y olvidando tantos lazos
de religión y respeto,

con descaro sin igual,
para afrenta de su reino,
de su persona y nación
se escapó a Montevideo,
imitando la conducta
de su General Guillermo.

Después de acción tan horrible
y de proceder tan feo,
a la frente de sus tropas
empuña su vil acero
contra las armas de España,
por hacer por este medio
más pública su deshonra
y más notable su yerro.

Este hombre de tanto honor,
digno del mayor desprecio,
para consumir la obra
de su corazón protervo,
viene lleno de soberbia,
de furor y engreimiento
con la vana pretensión
de sojuzgar este pueblo
y rescatar las banderas

de su bravo regimiento
que nuestro piadoso jefe
con devoción y respeto
tenía ya consagradas
a la Reina de los Cielos,
como si hubiera poder
y fuerza en el universo
contra el poder de María,
señora del mundo entero.
Así el insolente Pack,
de su loco atrevimiento
pagó la debida pena,
su orgullo y cerviz rindiendo
en día votado a la Virgen
del Rosario, y en su templo,
de suerte que todos claman
en alta voz repitiendo:
la victoria es de María,
triunfo del Rosario es esto.
Las benditas religiosas
del ejemplar monasterio
de Catalinas, situado
de la ciudad a un extremo,
fueron también asaltadas

de los ingleses soberbios;
porque como era María
del Rosario en este encuentro
la madrina, y elegida
por el buen General nuestro,
quiso esta madre supiesen
sus hijos y sus conventos
la pena que merecía
por sus pecados el pueblo.
Serían las siete y media
de la mañana, algo menos,
y media hora, poco más,
que el dulcísimo Cordero
todas recibido habían
en el dulce Sacramento;
cuando los fieros

Octavas

I

Venid pueblos, oíd atentamente

Lo que nos ha asombrado y aturdido,
Lo que de todo racional viviente
Apenas hoy pudiera ser creído.
Pero, como el gran Dios omnipotente,
De aquesta maravilla autor ha sido,
Desaparece todo lo imposible
Y cuando acá en lo humano era increíble.

II

Y tú, pueblo argentino, que afligido
Con disgustos, zozobras y tormento
Ese terco britano te ha tenido,
Sin dejarte reposo ni contento,
Olvida ya el quebranto que has sufrido
En tan duro y cruel padecimiento,
Al ver el resultado de aquel día,
Que al Perú ha llenado de alegría.

III

Los duros anglos otra vez vinieron,
Y sus grandes columnas acercando,
Hacia la capital se dirigieron,
Fuego, estragos y muerte fulminando.

En el cinco de Julio acometieron,
La ciudad por mil partes atacando;
Pero el pueblo leal, fuerte y constante,
Al britano derrota en un instante.

IV

Cual tigres de la Hircania enfurecidos
Nuestros bravos guerreros peleaban,
Por calles y azoteas repartidos
Con los fieros britanos que avanzaban.
Así, por todas partes perseguidos,
En las casas y patios se emboscaban;
Y acosados del fuego y los aceros,
Los anglos se entregaban prisioneros.

V

El hórrido semblante de la muerte
A los tristes britanos perseguía;
Su guadaña los hiere de tal suerte,
Que las calles volvió carnicería.
Tal fue el valor de aqueste pueblo fuerte,
Resistiendo a los anglos aquel día;

Whitelock capitula, y diligente

Se embarca con los restos de su gente.

VI

Valerosas legiones, ya vencisteis

De esas tropas britanas la osadía,

Cuando el cinco de Julio resististeis

Con firmeza, denuedo y valentía.

La patria y religión que defendisteis,

Harán siempre recuerdo de aquel día,

Y el anglo, destrozado y aturdido,

Llorará eternamente haber venido.

VII

¿Y quién sino el Dios omnipotente,

Librarnos pudo en lance tan temible,

En peligro tan grande e inminente,

Cercados de una hueste tan terrible?

Sí; el Señor nos libró, pío y clemente,

Dándoos una victoria tan plausible;

Y ha salvado a su pueblo en este día,

A este su pueblo fiel que en él confía.

VIII

Así la patria se transporta en gozo,
El Continente llora de alegría,
El Soberano oirá con alborozo
Todo lo que su pueblo obró este día;
La santa religión que un gran destrozo
En los fieles y altares se temía,
Rebosa ya en placer, en gozo tanto,
Y practica tranquila el culto santo.

IX

Así, gran Dios, a ti se dé la gloria
Pues, a tu amado pueblo, que afligido
Te imploraba, le diste la victoria,
Quedando el anglo absorto y abatido.
De tanto beneficio, la memoria
Será eterna, en tu pueblo agradecido,
Y a ti acudiendo en sus necesidades,
Hallará siempre prontas tus piedades.

X

Y vosotros ¡oh! ¡víctimas leales!,

Muriendo por tal causa conseguisteis
Una gloria inmortal en los anales
De aquesta religión que defendisteis,
Ella dirigirá sus siempre anuales
Sacrificios al Dios por quien moristeis;
Y al rendirle sus gracias y loores,
Jamás olvidará sus defensores.

XI

Y vosotros también, ¡oh valerosos
Guerreros de la patria, que aún con vida
Os halleis al presente, muy gozosos,
Al ver ya la victoria conseguida!
Esforzad esos pechos animosos
A favor de la patria defendida,
La que al Señor por tanto beneficio,
Alaba y pide os mire muy propicio.

Sucinta memoria

I

Ciudad de Buenos Aires, valerosa,
Fiel, leal, y constante en sumo grado,
Que has sufrido con alma generosa
Los contrastes de un tiempo desgraciado:
Recuerda ahora el momento en que orgullosa,
Esa terca nación que te ha injuriado,
Te acometió otra vez con arrogancia
Y se estrelló de nuevo en tu constancia.

II

Los obstinados anglos intentando,
Ganar de nuevo esta ciudad constante,
Su gran convoy acercan, anhelando
Desembarcar sus tropas al instante.
Nuestras bravas legiones observando
El desembarque ya hecho, aunque distante,
Se previeron y animan al momento
A frustrar del britano el fiero intento.

III

El bravo Whitelocke reforzado
Con tropas de la Europa, se avanzaba
Hacia esta capital, muy confiado
En las grandes columnas que mandaba,
Pero este pueblo fiel que preparado
En el Dios de sus padres esperaba,
Sale como un león al descubierto,
A derrotar al anglo en campo abierto.

IV

El britano sagaz, que había intentado
Entrarse en la ciudad sin resistencia,
Atraviesa el Riachuelo, apresurado,
Para lograr del ejército la ausencia.
Marcha por entre quintas, denodado,
Con veloz paso y grande diligencia,
Para entrar por las calles hasta el Fuerte,
Mas, presto se encontró con fuego y muerte.

V

El General Liniers, cual bravo Marte,
Atravesó las quintas por el centro;

De sus bravas legiones, sólo parte
Pudo al Anglo salir al duro encuentro,
Y en lo de Miserere, sin baluarte
Batiéndolo, le impiden entrar dentro,
Cuya acción, arriesgada y atrevida,
Libró la capital de ser perdida.

VI

Con estos valerosos campeones,
También llegaron, (¡qué oportunamente!),
Un trozo de artilleros con cañones,
Que a los Anglos batieron de repente:
Poco duró la acción, pero a montones
Tuvo muertos y heridos de su gente,
Ese fiero britano que venía
A cubrirnos de males aquel día.

VII

Esta acción, repentina y arriesgada,
Costó la vida a algunos valerosos;
Pero, tan digna sangre derramada,
Produjo efectos grandes, prodigiosos;
Pues, aterrado el Anglo en su jornada,

Al encontrar los nuestros animosos
Que tal estrago hicieron en su gente,
Desistió de su entrada prontamente.

VIII

Los bravos batallones que pudieron
Alcanzar a los anglos en su encuentro,
Y los demás guerreros que corrieron
A impedirles el paso para adentro,
Todos en retirada se pusieron,
Replegándose pronto para el centro
A socorrer la plaza en tal conflicto,
Mostrándose así el pueblo siempre invicto.

IX

Aquesta retirada presurosa
Fue, en aquella ocasión inevitable,
Siendo, por otra parte, ventajosa
Y de una utilidad imponderable;
Pues, en aquella noche congojosa,
Noche de turbación inexplicable,
Se reunieron adentro las legiones

A defender la patria cual leones.

X

Los días tres y cuatro, se pasaron

En reforzar la plaza y abrir fosos,

Y en la muchas guerrillas que trabaron

Con los anglos los nuestros animosos.

Estos, con tal denuedo pelearon,

Que al Britano le hicieron mil destrozos,

Ensayándose así con tanta gloria,

Para obtener el cinco la victoria.

FIN

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

